

## Capítulo 1

Una ciudad muy antigua es como una charca, con sus colores, sus reflejos, su frescor y su cieno, su efervescencia, sus maleficios y su vida latente.

La ciudad es mujer, con sus deseos y repulsiones, sus impulsos y sus renunciadas, y su pudor, sobre todo su pudor.

Para penetrar en el corazón de una ciudad, para conocer sus secretos más sutiles, hay que actuar con infinita ternura y con una paciencia a veces desesperante. Hay que rozarla sin hipocresía, acariciarla sin segundas intenciones, y hacerlo durante siglos.

El tiempo trabaja para quienes se sitúan fuera de él.

No puede considerarse de París, no puede llamarla su ciudad, quien no conoce sus fantasmas. Impregnarse de sus grises, confundirse con la sombra indecisa e insulsa de los ángulos muertos, unirse a la multitud húmeda que, siempre a las mismas horas, surge o rezuma del metro, de las estaciones, de los cines o de las iglesias; o ser el hermano silencioso y distante de quien pasea solo, del soñador inmerso en una soledad desconfiada, del iluminado, del mendigo, del borracho incluso. Todo esto requiere un largo y difícil aprendizaje, un conocimiento de las gentes y los lugares que sólo se consigue tras años de paciente observación.

En épocas turbulentas aflora el verdadero temperamento de una ciudad, y con más razón todavía en el caso de París, que se sustenta sobre un magma de cerca de sesenta pueblos. Me he pasado los últimos trece años tomando notas de todo tipo, sobre todo historiográficas, ya que ése es mi oficio. En ellas, se cuentan una serie de acontecimientos de los que fui testigo o su muy humilde protagonista. Un cierto pudor o miedo inefable me impidió hasta hoy iniciar esta obra.

Debido quizás a ciertas condiciones particulares, me pareció que los sucesos irracionales que se van a tratar aquí correspondían al ámbito de lo fantástico, aunque lo fantástico a la altura del hombre.

A través de la observación de las situaciones más intrascendentes, he descubierto hechos extraños y coincidencias, una lógica hasta tal punto rigurosa que, movido por mi preocupación constante por ceñirme a la verdad, me he visto obligado a entrar en escena mucho más de lo que hubiera sido necesario. No obstante, era esencial definir la época, y yo, que estuve involucrado en ella hasta la médula, la he vivido con más intensidad que nadie. A fin de cuentas, jamás se me hubiera ocurrido contar una aventura personal sin antes constatar que estaba íntimamente ligada a la de la Ciudad, infinitamente más compleja y digna de interés.

Aquí no hay cabida para personajes ficticios ni historias que proceden únicamente de la imaginación del narrador, que podría ser cualquier otra persona.

Entiéndase este libro no como el más inquietante sino como el más inquieto de los testimonios.

Pasados la isla y los dos brazos del río, la ciudad cambia de cara. En la plaza ajardinada, donde estaba la antigua morgue, se han amontonado unas sobre otras piedras de épocas diferentes que no pueden ni verse. Se odian silenciosamente. Y yo sufro tanto como ellas. Es inconcebible que nadie pensara en ello.

El Sena parece molesto. El mismo mohín de disgusto que en otros tiempos, cuando me acercaba a saludarlo, después de un viaje demasiado largo para mi gusto. No es un amante fácil.

El invierno será duro. Ya hay gaviotas en el pont de la Tournelle y sólo estamos en septiembre.

En junio de 1940, en Boult-sur-Suippe, me hirieron y apresaron. Supe que los alemanes me consideraban un periodista opositor. Me escapé en cuanto tuve ocasión.

Cuento con algo de dinero, suficiente para vivir dos semanas o quizás tres, pero los únicos papeles que tengo son la identificación militar del sargento Ybarne, un sacerdote sin familia, muerto en mi campo, y un certificado de desmovilización al mismo nombre que me he hecho yo mismo.

No sé si algún día podré recuperar mi verdadero nombre. Debo estar siempre alerta por las patrullas y redadas, sobre todo las que realizan los policías franceses.

Todavía no sé dónde dormir. Tengo algunos amigos de confianza, alrededor de una docena. He merodeado bajo sus ventanas, pero nunca me he atrevido a visitarlos.

He deambulado por el gueto, detrás del Hôtel de Ville. Conozco todas las calles, y las casas piedra por piedra. Me he ido decepcionado, casi colérico. En el ambiente flotan la desesperanza, la aceptación y la renuncia. Necesitaba respirar un

ambiente más enérgico. Así que, un instinto inapelable guió mis pasos hasta la place Maubert, de sonrisa secreta. La rue des Grands-Degrés me atrae. Tengo la íntima sensación de que allí estrecharé una mano amiga.

*EL RELOJERO DEL TIEMPO AL REVÉS*

Este pequeño tenderete verde, hecho con tablas, es la «tienda» (que no llega a tres metros cuadrados) de Cyril, el maestro relojero. Nacido en Kiev, sólo Dios sabe cuándo.

La vieja Georgette, la lavandera, una de las decanas de la Maube, que conoció el Château-Rouge y al padre Lunette y la perforación de la calle Lagrange, me dijo en 1938: «Ese tipo es formidable. Voy a cumplir setenta años y lo conozco desde siempre. Vende y repara relojes de segunda mano. Nunca ha tenido ningún problema. De vez en cuando, cambia de nombre porque dice que tiene derecho a hacerlo. Ésta es la decimocuarta mujer que le conozco. Ha enterrado a más de la mitad de las otras, y siempre tiene la misma cara. No entiendo nada».

Desde luego, era un personaje curioso. Otras preocupaciones más apremiantes me habían impedido prestar la atención merecida al «caso» Cyril, hasta que, tiempo después, me lo encontré en un bistró y le conté la historia del edificio de al lado de su barraca, de la que acababa de enterarme.

Un coronel del Imperio, de la época en la que los coroneles todavía eran valientes, había perdido una pierna en Austerlitz, lo que justificó su jubilación. El oficial solicitó al Emperador permiso para volver a París con su caballo, al que le unía un gran cariño. El Emperador tenía uno de sus días buenos y aceptó.

Coronel y caballo compraron la casa y mandaron que

construyeran un piso más. Hay un gran patio de gres. Tras pagar una gran suma de dinero, instalaron un abrevadero gigantesco, porque el señor Caballo tenía la costumbre de darse baños y sólo podía saciar su sed con agua corriente. Los ahorros y la pensión del coronel no bastaron para pagar a los tres o cuatro hombres que llevaban el agua en baldes desde el Sena hasta el riachuelo intermitente del sibarita corcel. El coronel y su montura expiraron al mismo tiempo, uno en brazos del otro.

A Cyril le hizo mucha gracia mi historia. Bebimos mucho y nos hicimos amigos del alma.

Cyril me ha encontrado un refugio. Me ha llevado a la rue Maître-Albert, una calle que baja sinuosa hasta el río. El antro de Pignol es minúsculo y está lleno de gente. Se puede picar algo con los postigos de las ventanas cerrados. Cada hora, la patrulla rabiosa sube por la calle. Las botas anuncian su presencia desde muy lejos. Se diría que a cada paso que resuena, el asfalto les responde «mierda». En cuanto doblan la esquina, se apagan las luces y todo el mundo se calla. Tienen la sensación de cometer un sacrilegio. Penetran en la noche hostil con un enorme miedo agarrado a sus tripas, como un hombre se follaría a la fuerza a una mujer que lo rechazara.

Apagón. Parece que es frecuente últimamente. La dueña, Pignollette, la única persona que Cyril me ha presentado, enciende las velas. Observo, entonces, el rostro del relojero, que, a la luz normal, no aparenta más de cuarenta años.

Incontables arrugas paralelas, extraordinariamente finas, ocupan cada milímetro de su piel. Parece momificado. Me vuelven a la memoria las palabras de Georgette. Después de que Cyril me pidiera que le contara mi odisea, llega su turno de hablar.

Se enroló en la Legión extranjera bajo un nombre falso en

cuanto empezaron las hostilidades, y tuvo la suerte de ser bueno en la batalla: consiguió la Cruz de guerra y una medalla militar. No lo hicieron prisionero y le permitieron conservar el nombre que había elegido, así que ahora «se» vende su propia patente. No obstante, también recuerdo perfectamente que Cyril me contó hace tiempo, con muchos detalles, los combates en los que participó en el frente francés en 1914-1918, y también las famosas «masacres de Kiev», cuando ataron a los traidores a los raíles para que una locomotora les pasara por encima y les cortara la cabeza. Esta historia de tiempo y de ubicuidad me resulta un poco inquietante.

Aquí se reúnen personas consideradas reputadas y honorables por sus trajes de tres piezas con auténticos vagabundos. Todos comen del mismo rancho. Me he fijado en el gafotas que está sentado en una esquina del banco, con el pelo cortado a cepillo, los ojos saltones y con grandes ojeras. Cyril me susurra que es un poeta. Su nombre es Robert Desnos.

He pedido la llave de mi habitación.

El cansancio me ha vuelto extraordinariamente sensible. Un camión ruidoso pasa a lo lejos. Lo oigo bajar por la rue Monge. Va a rodear el lugar, y coger el bulevar por la izquierda. Puedo verlo. Estoy seguro. Hace temblar dos kilómetros de murallas. Esta noche el barrio tiene los nervios a flor de mugre.

*Ici tous les plafonds ont eu  
La scarlatine  
Ça pèle à plâtre que veux-tu  
Ô Lamartine...\**

\* «Aquí todos los techos han tenido / La escarlatina / Cómo no, el yeso se está pelando / Oh Lamartine...»

La mancha redonda, negra y ocelada que hay sobre la mesita de noche es de la lámpara de petróleo de otra época, apesotosa y que chorrea a más no poder. Una malvada bombilla manchada de cagadas de moscas se cierne sobre mi cabeza, imperceptiblemente. Hace que las sombras se muevan. El camión se acerca, y las sombras exasperadas no vuelven a ocupar su sitio: la propia habitación participa de la inquietud de la noche.

La movilización me sorprendió a mi regreso de un periplo por el este de Europa. Había llenado mis dos habitaciones de bohemio de documentos y libros sobre el París antiguo, aunque no había tenido tiempo para leerlos.

Durante el día, me colé furtivamente en mi casa. Habían puesto unos sellos alemanes en mi puerta: es decir, dos tiras de papel oscuro, del que se usa para embalajes, timbrados con el águila gamada. Creen que impresionan al mundo con esos medios tan mediocres. Entrar, empaquetar ropa, documentos y libros, volver a ponerlo todo en orden e irme sin que nadie me viera fue sólo un juego.

Así recuperé, entre otras cosas, una edición de 1853 de *Paris Anecdote*, de Privat d'Anglemont; una extensa y muy antigua recopilación de *Arrests mémorables du Parlement de Paris*; y dos preciosos cuadernos que me permitirán reunir indicaciones de hechos, lugares y fechas. Además, la Biblioteca Nacional de nuevo me abre sus puertas. También el Arsenal, y Sainte-Geneviève, y los Archivos. Así, he podido reconstruir una leyenda medieval sobre el lugar exacto en el que trabaja Cyril desde hace tantos años.

Esto es lo que se cuenta.

En 1465, la ruelle d'Amboise, que conducía del río a la place Maubert, nacía en el laborioso bullicio de Port-aux-Bûches. El Bièvre lánguido dibujaba allí una especie de delta, antes de unir su caudal limoso y cargado de tanino con las aguas del Sena. Se amontonaban troncos todavía sin escuadrar en el fango estancado que los volvía imputrescibles. París estaba inquieta. Por el norte, llegaban las fuerzas de Charles el Temerario. Por el curso del Loira, los bretones, unidos a la causa borgoñona, acosaban a los hombres del duque de Maine. François de Bretagne y el duque de Berry también se habían aliado contra la corona del rey Luis XI. En la misma Cité, los borgoñones no dejaban de intrigar. Las fuerzas de la policía, desbordadas, tampoco eran de fiar. Así que se había relajado la vigilancia sobre los siervos semiesclavos, nómadas, vendedores ambulantes y buhoneros que se congregaban en las murallas de la ciudad.

En el emplazamiento exacto de la barraca de Cyril, se había instalado un relojero llegado de oriente, convertido a la religión de Cristo y que demostraba tener una gran piedad. Confeccionaba, vendía y reparaba relojes, bastante preciosos y raros en la época, destinados a fraccionar el paso de las horas.

Sólo los nobles o los ricos negociantes podían permitirse ser sus clientes. Tristán el Ermitaño, que vivía en una casa cercana, apreciaba la habilidad del relojero y lo había tomado bajo su protección.

El comercio de los relojeros prosperaba. El oriental había repudiado su nombre bárbaro y se hacía llamar Oswald Biber (nombre que designa a un castor, igual que la antigua palabra francesa «Bièvre»). El astuto hombre vivía austeramente, aunque se sabía que había amasado una buena fortuna. Mientras tanto, los gitanos a los que habían echado de la Cité montaron sus campamentos cerca de Port-aux-Bûches. Leían el futuro en

la tierra que removían con la punta de un bastón, en las manos de las mujeres y en los ojos de los niños.

Los prelados se escandalizaron y los acusaron de practicar la brujería. Pero no había suficiente madera para quemar a todos aquellos a los que, con razón o sin ella, acusaban de brujos. Los gitanos, a los que entonces se llamaba *egipcios*, mantenían con el relojero una buena relación de vecindad. Tal vez a causa de eso, empezó a correr un rumor que cobró fuerza, según el cual el piadoso Biber era en realidad un custodio de secretos prohibidos. Con el tiempo, hubo que acabar aceptándolo.

Algunos de sus clientes, los más ancianos y con más fortuna, parecían notar cada vez menos el peso de los años. Rejuvenecían, y los viejos presenciaron con asombro a aquellos que creían sus coetáneos volver a ser hombres en la flor de la edad...

Se supo que Biber, envuelto de gran misterio, había construido para ellos relojes que no se preocupaban por indicar las horas, puesto que sus agujas giraban al revés. La persona cuyo nombre estaba grabado en los ejes de los engranajes veía su suerte ligada a la del objeto. Volvía sobre sus pasos, recorría al revés el curso de una existencia que llegaba a su fin, rejuvenecía...

Los beneficiarios del maravilloso secreto formaron una hermandad. Y transcurrieron muchos años...

Un día, Oswald Biber recibió la visita de todos sus clientes. Le suplicaron:

—¿No puede hacer algo para que nuestras vidas vuelvan a ir hacia delante?

—Por desgracia, eso me resulta imposible... Pueden considerarse afortunados, no obstante: si no hubiera hecho lo que hice, todos ustedes habrían fallecido ya...

—¡Pero no queremos seguir rejuveneciendo! Nos acercamos a la adolescencia, a la juventud inconsciente, a la noche de la primera infancia y el final ineluctable en el que llegaremos al limbo. No podemos soportar la obsesión de la fecha implacable, la fecha escrita de nuestra muerte...

—No puedo hacer nada más por ustedes.

—Pero ¿por qué? A usted lo conocemos desde hace muchos años y nunca ha cambiado de aspecto. Parece que no tenga usted edad...

—Porque el maestro que tuve en Venecia, en un tiempo muy lejano, y que no me transmitió toda su ciencia, cosa que lamento, construyó para mí este reloj. Las agujas giran hacia la izquierda y hacia la derecha... Envejezco y rejuvenezco un día de cada dos...

Sin estar convencidos, los aspirantes a la eternidad se fueron y se reunieron un poco más lejos. Decidieron volver de noche a casa de Biber el brujo para obligarlo por todos los medios a cumplir su voluntad.

Invadieron su casa pero no lo encontraron por ninguna parte. Todos ellos habían acudido con la idea secreta de robar el reloj del brujo, aquel reloj único que tanta tranquilidad podía darles.

Se enzarzaron en una pelea salvaje, y en medio de su lucha furiosa hicieron añicos el objeto que mandaba sobre todos los demás.

Sus relojes se detuvieron inmediatamente y allí mismo cayeron fulminados. Los cadáveres fueron descubiertos y condenados. Los metieron en un osario, en un lugar donde «la tierra era tan putrefacta que un cuerpo se consumía en nueve días...».

En su momento, casi llegué a lamentar contarle la leyenda a Cyril. Ya había podido observar la sutileza de su pensamiento

y la rectitud de algunos de sus consejos. En el barrio se podía resumir así la opinión unánime de la gente: Cyril sabe cosas que los demás desconocen. Pero ignoraba que guardara un secreto —el suyo— y que recordárselo le resultara tan penoso. Le dije solamente:

—¿Conoces una leyenda... la del tiempo que corría al revés... sobre Oswald Biber...?

Él palideció y se puso a temblar. Con la voz resquebrajada y mirándome aterrorizado, dijo como si hablara para sí mismo:

—Entonces, ¿tú también sabes eso? Es mucho más grave de lo que creía...

Por un instante, vi en su mirada una angustia infinita, surgida desde lo más hondo de las edades del tiempo.

Después, se rehizo y hablamos de otra cosa.